

rodia ni el pastiche de la lengua del *Diario*, sino una suerte de contrapunto lúdico que pone de relieve el sabor y la ternura de una escritura «ingenua», así como los prejuicios ideológicos que deja traslucir. Se necesita tener la osadía de un escritor principiante para reescribir la muerte de Don Quijote al inventar la muerte de un Almirante exhausto, abandonado, humillado, arrepentido, vencido por una empresa cuyas dimensiones históricas conoce, al contrario de lo que le pasó a Cristóbal Colón.

Es cierto que lo que más me ha llamado la atención en *Vigilia del Almirante* es el carácter lúdico y gozoso de la escritura: el placer de escribir es tan palpable que tiene que comunicarse al lector que se deja embarcar en esta extraña carabela, que se entrega al juego de una aventura a la vez sutilmente intelectual y hondamente carnal. La trama narrativa se urde cabalísticamente sobre tres cifras: 7, 13 y 17, con intenciones simbólicas tan claras que a veces hasta se modifican fechas muy notorias. Por ejemplo, el Almirante nace en 1453 (y no en 1451 como Colón) porque $1 + 4 + 5 + 3 = 13$; peor todavía, las tres carabelas tocan la tierra deseada el 13 de octubre de 1492. El año no tiene por qué modificarse ya que la suma teogónica da 7, el número de oro. El 13 es un número cuyo simbolismo ambivalente no hace falta recordar, arcano de la Muerte en el Tarot, significa fin y renovación, y puede ser de buen o de mal agüero según como se quiera interpretar. Además da la casualidad que Roa Bastos nació el 13 de junio de 1917.

Más allá de su carácter lúdico, tan importante, tan serio, el juego con las fechas —¿qué otra cosa es una conmemoración?— es también una meditación sobre el tiempo, la memoria, la Historia, sobre el destino de un hombre «oscuramente genial» que tuvo que enfrentarse con una aventura que no podía entender. En el día de su muerte siguió ignorando que había descubierto un continente nuevo: por eso fue el primer «encubridor» a la vez que descubridor. En el día de su muerte siguió ignorando que había desencadenado el mayor cataclismo de la Historia de la humanidad. Se han necesitado por lo menos cinco siglos de vigilia para comprenderlo.

Milagros Ezquerro

La poesía de Antonio Gamoneda

(Una lectura)

I

«Escribir es una aventura totalmente personal. No merece juicio. Ni lo pide. Puede engendrar, engendra a veces en otro una volición, una afección, un adentramiento. Otra aventura personal. Eso es todo». Esta cita de José Ángel Valente¹ puede situar adecuadamente el punto de partida de este texto sobre la poesía de Antonio Gamoneda (Oviedo, 1931) que no se pretende crítico. Preferiríamos mostrar una *lectura* que diera fe de un encuentro. Sabemos de antemano que ésta será insuficiente. Y ello, entre otras causas (incluida, en primer lugar, la propia limitación de quien lo intenta), por la imposibilidad manifiesta de abarcar en toda su extensión, matices y complejidad una obra como la presente, por la dificultad de trasladar al papel las circunstancias que rodean el acto intenso e íntimo de la lectura o, en fin, por el mismo carácter inefable que sustancia (para bien y para mal) todo lo poético. En esa contradicción (dar cuenta de una aventura personal de la que ni sabemos, ni podemos, ni, acaso, debemos dar cuenta) nos instalamos y, desde ella, procedemos a ordenar en precario ese discurso.

¹ Valente, José Ángel: «Como se pinta un dragón». Material Memoria (1979-1989). Madrid, Alianza Editorial, 1992.

II

Toda la poesía de Gamoneda escrita entre 1947 y 1986 quedó agrupada en el libro *Edad*². En él se daba cuenta de *Primeros poemas* (escritos entre 1947 y 1952 y presentados por primera vez en esa edición), *Sublevación inmóvil* (1953-1959, publicado en 1960), *Exentos I* (1956-1960 incorporados ahora a la edición), *Blues castellano* (1961-1966, cuya primera edición data de 1982), *Exentos II* o *Pasión de la mirada* (1963-1970, inéditos también hasta la aparición de *Edad*), *Descripción de la mentira* (1975-1976, publicado en 1977) y *Lápidas* (1977-1986, primera edición de 1987). Con posterioridad sólo ha visto la luz *Libro del frío* (1992)³.

Edad es el libro singular que corresponde a un poeta no menos singular. Una trayectoria azarosa y decididamente rara (sirva de ejemplo la publicación de *Blues castellano* dieciséis años después de concluido o su primera filiación a Adonais tras quedar finalista en el premio del año 59, conseguido con *Las brasas* por Francisco Brines) obtiene al fin su carta de naturaleza poética. Pero por encima del azar, la necesidad. Quiero decir que Gamoneda ha sabido y podido levantar también un sólido edificio de coherencia poética, unitario y plural, basado en un ejercicio de constante reescritura. Pueden ser iluminadoras, en este sentido, unas palabras de Gamoneda escritas en su introducción a la reedición del libro *Otra vida más alta*⁴ del que fuera autor su padre, Antonio Gamoneda. En la declaración de intenciones que abre el volumen, Gamoneda dice: «En síntesis, se trata de una revisión próxima a la que, a mi modo de ver, tendría que haber hecho el autor al volver sobre su obra en años de madurez. Yo he actuado así sobre mi propia escritura, y lo que creo bueno para ésta me lo parece también, con otros límites, para la de mi padre». Parece innecesario cualquier comentario. En las «Notas» que, a modo de epílogo, escribiera Gamoneda para la edición de *Lápidas* (que se mantienen en la edición de *Edad*) leemos: «En cuanto a esta escritura, digo que también es reescritura (reescribir es un derecho que me reservo indefinidamente)». En todo caso, el libro, que en rigor fue escrito de nuevo, intensifica su carácter novedoso tanto por aportar materiales inéditos como por difundir una poesía condenada a la marginalidad de las editoriales

provinciales y de escasa tirada. Ausente de los estudios y las antologías, Gamoneda, con ese libro, se puede decir que *nace* realmente a la poesía, al menos a la que fundan sus lectores. El posterior interés de la crítica especializada (universitaria o periodística) y de los jóvenes poetas (y no sólo de ellos) que le leen —y lo que no es menos importante, le *critican*— no viene sino a demostrar que sobre lo azaroso privó lo consecuente.

El discurso de Gamoneda es un discurso circular: va y vuelve sobre la memoria. Su vocabulario también gira en torno a unos términos reiterados que acaban por dotar a su poesía de una carga simbólica extrema. En gran medida esa unidad debe su eficacia a ese proceso de incesante reescritura. Lo ya escrito se actualiza y corrige en un momento determinado y ello a la luz de una óptica sabia y precisa que va dotando a los materiales, publicados o no, de un sentido global uniforme. Las diferencias de fraseo y aun de intención (en distinta gradación narrativa y/o poética dependiendo de tal o cual libro) no interrumpen el tono general del discurso. Un hombre va dando cuenta de sí mismo. El correlato se hace más o menos preciso en este o aquel momento pero siempre es la experiencia, sujeta a la memoria y al olvido, la que, como sombra inseparable, se proyecta detrás del mismo rostro.

La singularidad de ese libro es notable: él solo da cuenta, en un único y lúcido y tenso acto de escritura, de un proceso que ha costado años sostener. Poco importa que las expresas o supuestas *variaciones* ocupen apenas cinco páginas de apéndice. Es en el interior de la poesía donde el cambio ha tenido lugar y por eso sus consecuencias prácticas carecen de esa entidad previsible en trabajos de semejante envergadura. ¿En qué medida ha afectado a sus lectores esa propuesta? Si respondiéramos a título personal, teniendo en cuenta que nuestra situación es generalizable por cuanto el poeta Gamoneda (ausente, ya se dijo, de las antologías y poco o nada mencionado en las *listas de éxito* de los poetas de entonces) nos era prácticamente desconocido (excepción he-

² Gamoneda, Antonio. *Edad* (1947-1986), edición de Miguel Casado. Madrid, Cátedra, Colección Letras Hispánicas, 1987.

³ Gamoneda, Antonio. *Libro del frío*. Madrid, Siruela, 1992.

⁴ Gamoneda Antonio, *Otra vida más alta* (1919). Gijón, Universos, *Libros del Peixe*, 1993.

cha de su libro *Lápidas* y los consiguientes poemas que antes de su aparición fueron publicados en revistas como *Cuadernos del Norte*, la respuesta sería «sí». Poniéndonos en la situación de otros lectores, mayores en edad y presumiblemente bien informados, también habría de presuponerles una lectura distinta: no tanto por los cambios reseñados cuanto por la nueva presentación del *producto* poético, fruto maduro de lo que podríamos llamar intención *jabésiana*⁵ de *libro total*. Ya nos hemos referido en otra parte⁶ a la dificultad (o a la falta de importancia, tanto da) de ubicar en la teoría *generacional* al uso a un poeta como Gamoneda. Más aún si precisamos que, en rigor, no deberíamos hablar de un *poeta* sino de una *poesía*. Tampoco parece oportuno ignorar el impacto que ese libro causó en un nutrido grupo de poetas —de incipientes poesías—. La evidencia (el estilo frente a la tendencia, la perseverancia frente a la precipitación, la voz frente al eco) estaba servida y el ejemplo no podía caer en el saco roto de las poéticas *à la mode*.

III

A la singularidad de *Edad* hemos de añadir la de la poesía allí contenida. No debemos quedarnos simplemente en lo llamativo de esa edición o en lo inusual del fenómeno que encierra. Por debajo late un juego circular y sutil de variaciones. Los *géneros*, a medida que avanza la obra, pierden el miedo a las definiciones. Las *formas*, respetuosas al principio con la sujeción al metro y a la rima —simbolizadas, en fin, por el soneto—, se adaptan sin más a otro discurso, o al mismo *respirado* de otro modo. Cambio de respiración, cambio de aliento. Los *temas*, siempre idénticos, se adaptan al momento que se vive; tal vez al que en ese instante se recuerda. Al fondo, la ausencia del padre, la omnipresencia de la madre, la guerra, la infancia, la enfermedad, la vejez, el amor o la muerte. El matiz que los hace diferentes está en la apropiación de la experiencia personal que tras ellos se oculta de una forma apasionada, al tiempo que escéptica y desesperada. La poesía de Gamoneda ostenta, por eso, la marca de la necesidad. No en vano (otra de las evidencias que vino a aportar esta poética) su lectura echa por tierra la manida y monolítica teoría poética que se ha dado en llamar *de la experiencia*: a pesar de

haberla aquí a manos llenas, no parece necesaria la presencia de un *personaje* para sentir que la voz que habla desde los poemas lo hace desde la seriedad, la pasión y el dolor⁷. No está necesitado este decir de sencillas teorías de ocasión (aunque vengan avaladas por textos críticos complejos). Si nos atenemos a las más consolidadas, podríamos preguntarnos: ¿es esta una poesía expresionista o surrealista? ¿Es urbana o rural? ¿Clara o hermética? ¿Del *50*, del *lenguaje* o del *silencio*? ¿Son poemas en prosa, prosas poéticas? Los puristas, incluso, podrían esgrimir: ¿es prosa o verso? Por no mencionar *la bicha* de las influencias: ¿la Biblia, Saint-John Perse, Rimbaud, Trakl? Así hasta el infinito... Irreductible a simplificaciones más o menos académicas o didácticas, la de Gamoneda tiene la gracia de la pura y simple Poesía. Ni más ni menos, podríamos añadir.

IV

La tierra y los labios es el libro que contiene los primeros poemas de Antonio Gamoneda. Son poemas de aprendizaje y están escritos cuando el poeta cuenta entre dieciséis y veintidós años. Su primera edición, no obstante, es de 1987, fecha en que aparecen reunidos en *Edad*. Son veintiún poemas breves que se apoyan en la poesía popular y en la canción tradicional. Sus metros y rimas se adaptan a ese proceder clásico y en lo formal no muestran mayores alardes, aunque tampoco se observan las caídas previsibles en alguien que apenas tantea un nuevo modo de expresión. No serían poemas identificables con nuestro autor si a ese aspecto concreto nos atuviéramos. Es en los temas, o mejor, en el tratamiento y el tono empleados al tocar temas de siempre, comprensiblemente asimilados por el poeta primerizo, si dan la medida del Gamoneda que ahora conocemos. Un lema podría englobar estos breves textos sin título: *juventud de dolor*. No en vano el muchacho que escribe ha vivido ya circunstancias excepcionales que habrán de marcar obsesiva-

⁵ *Jabès*, Edmond. Autor, entre otros, de *El libro de las preguntas*. Madrid, Siruela, dos volúmenes, 1990 y 1991.

⁶ Valverde, Álvaro. «La travesía del silencio (*Pasión de la mirada*)». Antonio Gamoneda, Madrid, Calambur, 1993.

⁷ Casado, Miguel. «Introducción». Edad, pág. 12.